

En ésas andábamos cuando Pepe Guerrero, que había rodado una película en Bulgaria, me explicó que allí había unos estudios impresionantes. Y me animó con fantásticas historias sobre las posibilidades de conseguir algo distinto de los productos urbanos en los que solía moverme. El exotismo me va, la aventura también, y los que me conocen ya saben que soy bastante lanzado. No me lo pensé dos veces: consulté a Joan Barbero si se veía capaz de escribir un guión que pasara en Bulgaria, utilizando los escenarios y los recursos que me había contado Pepe. Y Joan fue muy hábil. Se le ocurrió la historia de una cantante de ópera, una diva llamada Rosita, que está rodando una versión de Tristán e Isolda en un estudio de Hollywood y que se escapa, perseguida de cerca por su productor, a Sofía. A la vez, unos turistas catalanes viajan por Transilvania y, en Barcelona, un ejecutivo ve cómo, en una racha de mala suerte, se le hunde el mundo y su casa físicamente, se queda amnésico y el azar los manda a todos ellos a Bulgaria. Eso, en poquísimos minutos. Joan se fue a la librería Altair y compró las mejores guías de Bulgaria para situar la historia, porque ni él ni ninguno de nosotros, excepto Pepe, conocía el país. Cuando llegamos a los estudios de Sofía, donde preparábamos la producción, los búlgaros no se podían creer que Barbero no conociera su país. El guión de Joan tenía una credibilidad geográfica admirable, y entre unas cosas y otras nos fuimos entusiasmando pero autoengañando a la vez. Era muy curioso, porque la misma complejidad nos empujaba hacia adelante. Yo intuía que la historia no era bastante buena, que las situaciones eran demasiado forzadas, poco coherentes, pero todo lo justificaba por la “lógica” de la screwball. De todas formas, para quien quiera verla, creo que hay una media hora final espléndida, muy ingeniosa de guión y con un ritmo y unos actores fantásticos.

Rosita, please! es la película que quizás no habría tenido que hacer, pero a la vez es de la que más he aprendido en toda mi vida, especialmente desde el punto de vista narrativo. Es la más denostada por la gente, pero también por la que más he luchado. Quizás el error estuvo en forzar las cosas, en querer hacer una película que tiene que pasar en un lugar concreto, cuando lo importante es plantearte la "historia". Y en Rosita falla la historia. Mea culpa: asumo mi responsabilidad. Cualquier película debe contar con tres pies: historia, reparto y narrativa. Si falla alguno, todo se tambalea, no hay película. Pero me pudo más la fascinación de trabajar en un país que no tenía nada que ver con el nuestro, donde todo, paisaje, gente, costumbres, me resultaba muy exótico. En Bulgaria, como en todos los países de la ex órbita soviética, quedaban los grandes estudios de cine hechos un desastre y con una maquinaria espantosa, pero impresionantes, donde se hacían cosas que en el mundo occidental ya no te podías permitir porque era un lujo. En un plató instalamos el decorado de Hollywood. En otro, construimos una planta de hotel de cuatrocientos metros cuadrados con ascensor, escaleras, pasillo y cinco habitaciones con sus paredes móviles. Era un decorado increíble que, curiosamente, se atrezzaba con muebles que sacábamos a escondidas del Palacio Real por la noche, pagando una propina. Los del estudio utilizaban la puerta trasera y a la mañana siguiente los devolvían. Las camas del hotel las alquilaban a gente que durante una semana dormía en el suelo la mar de contenta. Luego rodamos una semana entera en Rila, un monasterio ortodoxo de la Macedonia búlgara, otra en Plovdiv y en otros pueblos maravillosos... Nos trasladábamos por las carreteras con más de cuarenta transportes, ya que respetábamos la organización tradicional del cine hecho en estudio. Tuvimos centenares de extras y especialistas. La orquesta que toca el Funiculí (es un decir, ya que hacían playback) en el jardín del hotel, bajo la ventana de Manoli, era la Orquesta Nacional Búlgara, y su verdadero director es el que aparece en la película. Todos los actores búlgaros que hacían papeles secundarios eran actores de primera; de hecho media compañía del Teatro Nacional actuaba como extras. Aquel rodaje fue un lujo que nunca más me voy a poder permitir.

La película tenía que haberse rodado en el verano de 1992; por eso íbamos a Bulgaria, pero se retrasó a mayo y junio de 1993, y con la demora yo ya andaba un poco harto, pero, como todo estaba a punto, decidí rodar la película. Ése fue el error. Rosita tuvo mala suerte, su camino comercial estuvo lleno de zancadillas. Tenía que haberse estrenado en enero de 1994, pero se retrasó hasta el mes de junio, justo en la misma semana del campeonato mundial de fútbol y cuando la gente empieza a pensar en las vacaciones. No únicamente fallé yo como productor y director, sino que también falló mi distribuidor. Cada palo que aguante su vela. Yo pagaré esta penitencia toda la vida. Siempre tienen que recordarme la Rosita de las narices. Fue una lástima que mi trilogía con Barbero terminara así de mal. Tan bien que habíamos empezado con nuestra Mari Pili. No he vuelto a trabajar con Joan; bueno, lo intentamos con un guión localizado en El Prat de Llobregat, su pueblo, titulado La patata brava por el nombre del restaurante de los padres de la actriz Blanca Pàmols, pero fue un proyecto que no salió. Siento que Joan no siga escribiendo sobre su mundo propio y que esté ligado a las sitcoms, porque creo que tiene un gran talento. Dicen, ciertamente, que aprendes mucho más de una película que no funciona, y Rosita fue una buena lección para mí.